

El Brujo de la Recoleta

Las circunstancias de aquella noche no se me van de la cabeza. Era un viernes como cualquier otro. Melanie y yo habíamos quedado a última hora para cenar; si nos sentíamos con ganas, quizás intentáramos una sesión golfa de cine. Me esperaba a la salida de la consulta enfundada en un airoso vestido. Nos saludamos cariñosos. ¡Qué agradable darle un beso tras una larga tarde enfrentado a las angustias de mis pacientes! Le ofrecí mi brazo y echamos a andar, sin dirección definida.

—¿Tienes idea de adónde ir? —le pregunté.

—No, no se me ocurre nada. A donde te apetezca.

—Entonces, ¿qué te parece si nos quedamos hoy por aquí cerca? Estoy un poco cansado para buses y Metro.

—Me parece perfecto.

Nos perdimos por las calles cercanas. Mi consulta se halla en un barrio distinguido, no muy distante del centro. La noche estaba clara y algo húmeda. Los tacones de Melanie resbalaban sobre la pátina del adoquinado, así que tuve que agarrarla de la cintura para que no perdiera el equilibrio. Seguramente había llovido durante la tarde y yo ni me había enterado, tan absorto me dejan algunas sesiones de psicoterapia. De espaldas al gran ventanal de la consulta, con la única vista

de la librería de palisandro y el diván de los pacientes, no suelo percatarme de casi nada.

Durante un rato caminamos al reclamo de los establecimientos, registrando el lustre de sus luminosos y el olor de sus cocinas, con la esperanza de que alguno nos sedujera. No hubo suerte. Los italianos estaban llenos hasta la bandera y los orientales no nos convencieron. Sin ser muy conscientes, nos desviamos hacia calles más estrechas. Las aceras se solapaban y la gran luna se reflejaba sobre las fachadas enlucidas de ladrillo. Fue así como dimos con un local insólito, una especie de teatrillo con las ventanas tapiadas y la entrada principal señalada con lámparas incandescentes. Dos tipos gigantes, en impecables trajes, la protegían a cada lado. Entre los curiosos rótulos pintados a mano, como de feriantes de época, se leía uno con mayor claridad:

«*El Club de Keller:
Cenas con magia*».

Al vernos curiosear, los gorilas se nos echaron encima:

—¿Están aburridos? ¿Les gustaría asistir a un espectáculo especial? —nos interrogaron a la vez que echaban el ojo a Melanie.

—¿En qué consiste exactamente? —les contesté.

—Una cena acompañada de una función de magia moderna. Hoy tenemos al *Brujo de la Recoleta*, un gran mago argentino. Trabaja con realidad virtual. El menú es también muy sugerente: pasta y carnes porteñas. ¿Desean probarlo?

La información fue suficiente para intrigarnos. Pasamos sin consultar el precio. El interior recreaba a la perfección una

atmósfera de misterio: paredes forradas de paño, tenues luces de colores, signos cabalísticos en algunas cenefas, un pequeño escenario con su telón de terciopelo echado y una veintena de coquetas mesas a su alrededor, parcamente iluminadas por velas. De fondo se escuchaba una secuencia melancólica, una trompeta, probablemente algún clásico de Miles Davis. Los camareros, en un caprichoso uniforme, nos acomodaron en primera fila. A nuestro alrededor había ya gente saboreando sugestivos cócteles. El ambiente nos embriagó desde el primer minuto. Melanie dejó su abrigo en manos de un encargado y se reclinó solícita en su asiento. Estaba muy hermosa. Miraba a todas partes con los ojos vivos y expectantes.

—¿Te gusta el sitio? —le pregunté.

—Mucho, pero me da un poco de miedo —sonrió—. ¿A ti no?

—Quizás un poquito.

Siguiendo la sugerencia de la carta, pedimos una ensalada de pasta para compartir y, de segundo, asado de tiras y *stroganoff*, todo acompañado de una botella de rosado. De ese modo nos preparamos para el comienzo de la función.

Las luces en torno al escenario se suavizaron, el jazz se fue consumiendo. Nos quedamos recogidos en una penumbra de color. Tomé la mano de Melanie, que me la ofrecía cándida. Un redoble de batería, unos intervalos descendentes en la trompeta y se abrió el telón. Ante nosotros apareció El Brujo. Era un hombre de raza indefinida, muy espigado, con el pelo encanecido y ataviado con un traje de gala blanco. Llevaba un pañuelo púrpura al cuello sobre el que resaltaba su perilla pulcramente recortada. Tenía los ojos grandes, insondables, como agujeros negros en la fisonomía afilada de su rostro.

Se presentó. Su voz era grave y acariciadora, sus movimientos de una ductilidad pasmosa. Con marcado acento argentino introdujo su espectáculo:

—Señores, yo trabajo con ficciones. Lo que sus ojos ven ahora mismo no es del todo real. Solo es una manifestación aparente de lo que existe en otros mundos, en otros estados paralelos. Algunos objetos de nuestra civilización se encargarán de demostrar lo acertado de mis suposiciones. Los invito en esta noche a dejarse llevar por un torrente de espejismos.

El ilusionista se replegó en el escenario y, al compás de un bandoneón triste que apenas había comenzado a escucharse, dio salida a su repertorio prestidigitador. Los primeros trucos no fueron sino variantes de clásicos conocidos: el conejo en la chistera, con un lagarto exótico por conejo y una cubitera grande de champán en sustitución de la chistera; desaparición y reaparición de los móviles de algunos clientes; recomposición de un billete de 200 euros que previamente había sido descuartizado ante la mirada fulminante de su dueño, un tipo de mandíbulas poderosas que amenazó con llevarse su parte de la caja si no se le restituía el timbrado papel... El espectáculo, a mitad de camino entre la magia de escena y la de salón, fluía acunado por la voz hipnótica de su ceremoniante.

—Ahora, mis estimados amigos —se dirigió a la sala—, los reto a superar, de un modo que sin duda les resultará atrevido, sus miedos más arraigados de la infancia. Si tienen pánico a la oscuridad, esta es una gran ocasión...

Como era de prever, las pocas luces que permanecían encendidas se apagaron, y nos quedamos en compañía exclusiva de las velas. Las pequeñas llamas tintineaban en cada mesa a través de las copas, creando la sensación de un gran caleidoscopio.

Cada invitado era una figurita de De la Tour, recortada contra el fondo negro por un candil. El ilusionista se irguió con su mono reflectante en medio de las sombras.

—Y ahora por favor, mucha atención y, los más sensibles, absténgase de gritar —nos instruyó crecido desde su púlpito.

A un movimiento enérgico de brazos, las velas de todas las mesas se extinguieron. La sala quedó sumergida en la oscuridad. Algunos ahogaron sus gritos en gemidos de turbación. Un hilillo de humo ascendió hacia nuestras narices desde las luminarias. Cómo pudo hacer aquello, si con un soplo teledirigido de la climatización o con algún otro recurso técnico desconocido, no llegamos a saberlo. Tampoco nos dio tiempo de averiguarlo.

—Señores, les pido un minuto extra de calma —esa voz se adueñaba de nuestros espíritus—. De las más pavorosas tinieblas surge siempre un punto de luz. Quien disponga de un celular encendido en su bolsillo podrá comprobar de qué hablo...

En ese momento, como fichas derribadas de un dominó sonoro, una cadena de politonos comenzó a contagiarse de teléfono en teléfono. Sacamos nuestros aparatos a tientas y comprobamos con pasmo que todos habíamos recibido un mensaje multimedia. Desplegué el mío y quedé boquiabierto al reconocer una foto de nuestra mesita previa al apagón: el *strogonoff* en primer plano y la vela iluminando la blanca mano de Melanie.

—¡Es increíble! —le dije.

—¡Un genio! —respondió ella emocionada.

—Señores, guarden sus mensajes como un recuerdo digital de nuestro maravilloso encuentro —interrumpió el chamán a la par que se activaban de nuevo las luces—. Tienen permiso